

landa y orillas del Rhin, dedica varios párrafos a describir sus impresiones sobre el funcionamiento de los ómnibus y su carácter en algún sentido democrático y proletario en esas tierras. Transcribo unos pocos renglones:

Los *ómnibus* son un centro fecundo e inagotable de aventuras y de escenas cómicas, por lo mismo que su baratura los pone al alcance y fácil adquisición de todas las clases del pueblo indistintamente. Allí no hay más ley, ni más categoría, ni más derecho de preferencia que los cinco sous. Bajo un código de legislación tan sencillo sucede comúnmente que cada *ómnibus* es una congregación moviliaria [sic] y accidental de las piezas más heterogéneas que en la sociedad se conocen.

También aparece la voz en algunos textos americanos del siglo xix. Sigue siendo voz usual, en España, en las primeras décadas del xx. A partir de 1920 comienza a emplearse el término *autobús*, para aludir a los modernos ómnibus que son ya vehículos *automóviles*. Hacia mediados de esa centuria eran sólo esporádicas las apariciones del vocablo *ómnibus*. En el español actual la designación *autobús* se extiende por todas partes del mundo hispanohablante. Sin embargo es necesario señalar que en algunos lugares compite, a veces en desventaja, con otros vocablos. Resumo, a grandes rasgos y con riesgo de algunos errores o imprecisiones, la situación actual.

En España hay un claro predominio de *autobús*; también se emplea *bus* y, muy poco, *ómnibus*. En Canarias es frecuente *guagua*. En México alternan *autobús* y *camión*, quizá con predominio del segundo. La explicación del empleo de *camión* por *autobús*, exclusivo de México, difícil sin duda, merecería nota aparte. En el área centroamericana parece predominar *bus*, aunque

también se usa *autobús*. En Puerto Rico y República Dominicana se emplea *guagua*. En Cuba alternan *guagua* y *ómnibus*. En Venezuela *autobús* supera ampliamente a *bus*. En Colombia, Ecuador, Chile y Bolivia se prefiere *bus*. En Argentina, Uruguay y Paraguay *ómnibus* supera a las otras denominaciones. ~

Microficciones

Jorge Degetau

~

El funeral

No fue sino hasta el día del funeral que comprendí la importancia de aquellas predicciones, las que le había hecho durante su primera cita, hacía treinta y cinco años. Entonces, mientras estaba intoxicado por su magia y movido por quién sabe qué clarividencia, le dije: “Mira, María, te tengo tres adivinanzas”; luego afirmé, cierto y cabal, mientras las enumeraba con los dedos: uno, “en tu examen de mañana te irá bien, lo juro”, dos, “no, no serás monja porque no existen monjas con cuerpo de delito”, y tres, “vas a ser la madre de mis hijos”. Lo pensó mientras cargaba el envoltorio consumido tras la enfermedad, conmovedora y fulminante, junto a sus cuatro hijos varones, en el ataúd de encino. Y casi no pudo dar un paso más ante la gravedad de aquello: había tenido razón en todo y apenas se daba cuenta de que el gozo también cuesta. Por eso, camino al altar con ella por última vez, dejé de llorar.

El desahuciado observa

Afuera está la calle de todos los días, ese riel de la rutina. Desbordándose

de la banqueta, el álamo que lleva ahí treinta años. Entonces la calle era empedrada como ahora y estaba así de tranquila, con esos mismos niños en bici que parece llevan décadas andando, inmutables. Pero, sin notarlo, los niños y el árbol, las bicis, los años, todos, subrepticamente, incluso la calle, un día desapareceremos.

El inmortal problema del tráfico

Desesperado, bajé del coche para darle a la señora una paliza. Era viernes de quincena, y yo no tenía ánimos de favorecer a una imbécil por su género, así que tomé el bat que cargaba siempre en mi auto. Cuando lo levanté frente a su parabrisas y, vi, la muy maldita me pintaba dedo descaradamente, sonó el chirrido de las llantas; entonces miré al metrobús a sólo unos centímetros y sentí un profundo desahogo: “Paz eterna”, me dije mientras respiraba hondo, “allá voy”.

Pensaba entonces que morir se era librarse de los vicios de la modernidad. De la modernidad y de la humanidad, del tráfico y de la señora imbécil. Creía que dejar de existir, que irse a la chingada —como decimos en México— era sinónimo de quietud y calma. Por eso, suponía yo, las señoras rezanderas decían “descanse en paz”; eso escuchaba yo en vida, y pensaba que era un tramo de sabiduría popular sobre la esencia de la vida y la muerte.

Me equivoqué. No me liberé del hacinamiento, ni del calor, mucho menos del tráfico. Eso es: el tráfico, tan molesto en el sol quemante del mediodía, parecía ser todo lo malo del mundo. Y a mí, ¿quién iba a decirme que habría tráfico en el Aqueronte; que los griegos, buenos como eran para el ocio y la molicie, continuaron con su meditar y no se dignaron nunca en ensanchar el río de los